

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Amado Nervo

Poesía selecta

Selección y prólogo de Jorge Souza



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Amado
Nervo



Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Amado Nervo

Poesía selecta

Selección y prólogo de Jorge Souza



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Comité Editorial

Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred

Autor

Amado Nervo

Selección y prólogo

Jorge Alfonso Souza Jauffred

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Julio de 2018

ISBN 978 607 547 124 2

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

- 11 Amado Nervo, entre el amor divino y el terrestre**
- 23 Perlas negras**
- 26 Cobardía**
- 27 A Leonor**
- 28 Aquel olor**
- 30 Pasas por el abismo de mis tristezas...**
- 31 El primer beso**
- 32 La canción de Flor de Mayo**
- 34 El celaje**
- 35 Después**
- 36 Inmortalidad**
- 37 El retorno**
- 39 La Puerta**
- 41 Mi secreto**
- 42 Ha mucho tiempo que te soñaba**
- 44 Me besaba mucho**
- 45 ¡Quién sabe por qué!**

- 47 El fantasma y yo**
- 48 Gratia plena**
- 50 Bon soir**
- 52 Más yo que yo mismo**
- 54 A Kempis**
- 56 Llénalo de amor**
- 57 Incoherencias**
- 59 Si tú me dices: ven**
- 60 No soy demasiado sabio...**
- 61 Metafisiqueos**
- 62 Viejo estribillo**
- 63 Expectación**
- 64 Y el Buda de basalto sonreía**
- 65 Dormir**
- 68 Renunciación**
- 69 En paz**
- 70 La hermana Agua**
- 82 La raza de bronce**
- 91 Los héroes niños de Chapultepec**
- 93 Mexicanas**

Amado Nervo, entre el amor divino y el terrestre

JORGE SOUZA JAUFFRED

Fue en su momento, tal vez, el poeta más reconocido de México e Iberoamérica. Su fama extendía una especie de aura en torno a su persona y en ella caían, irremediablemente, quienes lo seguían o lo escuchaban. Por eso, al morir, miles de personas lloraron su partida en uno de los funerales más nutridos de la historia.

Tal como lo consigna Bernardo Ruiz, “Nervo destacó como periodista, como prosista y como poeta. Su cultura comprende diversas vertientes del conocimiento. Fue leído, criticado, comentado y exaltado”; y dejó un acervo de poemas de gran calidad.

Nació en 1870, cuando Tepic tenía menos de quince mil habitantes y se consideraba parte del séptimo cantón del estado de Jalisco. De su propio nombre, que ha sido objeto de discusión, nos dice el poeta, en una de sus dos breves autobiografías escritas en España:

Mi nombre de bautizo fue José Amado Nervo Ordaz, pero desde pequeño mi madre sólo me decía “Amado”, así que crecí siendo el Amado de mi dulce madre. Mi

padre tenía un almacén, El Puerto de San Francisco, desde donde se relacionaba con las familias tepiqueñas de la época.

Muchos creyeron que Amado Nervo era un pseudónimo; y si bien, su padre se apellidaba Ruiz de Nervo, en algún momento acortó el término y el hijo lo portó como estandarte. Aquel nombre, como dijo Carlos Díaz Dufoo, quien dirigía con Gutiérrez Nájera la *Revista Azul*, estaba ya “cargado de destino”.

Nervo resume en muy pocas palabras, lo que fue su vida hasta los 24 años:

Soy descendiente de una vieja familia española que se estableció en San Blas a principios del siglo pasado. Hice mi instrucción primaria en las modestas escuelas de mi ciudad natal; muerto mi padre cuando yo tenía nueve años, mi madre me envió a un Colegio de Padres Romanos, al de Jacona, en Michoacán, que entonces gozaba de cierta fama. En este colegio y después en el seminario de Zamora, Michoacán, hice mis estudios preparatorios, empezando, naturalmente, por el latín. Quise seguir la carrera de abogado y estudié dos años, pero el quebrantamiento rápido de la herencia paterna me obligó a volver a Tepic [...]. Después, buscando mejor destino, marché a Mazatlán, donde escribí en el *Correo de la Tarde* mis primeros artículos. Más tarde me dirigí a la Capital (en 1894)

y ahí con los esfuerzos y penalidades consiguientes, logré abrirme camino.

El relato no es del todo verídico. El padre del poeta murió, no a los nueve años como él lo cuenta, sino cuando el chico tenía trece años y entraba en la adolescencia.

Mientras estudiaba Derecho Natural en el Seminario de Zamora, su corazón fue abatido por el amor imposible de una adolescente de catorce años. Aquel dolor, en parte, lo llevó a explorar su talento literario y a lanzarse de lleno a las aguas de la poesía. El joven Nervo, de aquella circunstancia, escribe:

Dios me había hecho poeta y ya se sabe que un poeta es un pobre loco, apasionado por todo lo bello, por todo lo misterioso y, añadamos, por todo lo triste. La melancolía de la que muchos huyen, tiene también su pléyade de amantes: ¡Los poetas!

Juan José Doñán y María Palomar consignan que aquel primer amor michoacano lo despertó la hermosa Margarita Arceo, a la postre madre del destacado obispo Sergio Méndez Arceo.

Pero si Nervo había sido tocado por el amor terrenal, también fue por el anhelo de infinitud celeste adquirido en el seminario. La formación que recibió en el Seminario había quedado grabada para siempre en aquel joven de alma sensitiva y profunda. Las ense-

ñanzas bíblicas, las horas de meditación, de silencio, las prácticas sagradas, los rituales, la atmósfera de encuentro con la presencia divina, nunca fueron olvidadas; por eso, en uno de sus primeros poemas escribe:

Hay un fantasma que siempre viste
luctuosos paños, y con acento
crüel de Hamlet a Ofelia triste,
me dice: ¡Mira, vete a un convento!

El problema de Nervo fue que, enamorado de un cielo que no alcanzaba y de un mundo que lo envolvía, nada parecía satisfacerlo del todo, sino hasta sus últimos días, cuando publica *Plenitud*, *El estanque de los lotos* y *El arquero divino*.

Pero sería un error pensar que la poesía de Nervo se limita a su relación con la divinidad y a su relación con el amor. El poeta utilizó y adaptó numerosas formas y tonos poéticos, tipos de rima y de metro, como fiel cultivador del Modernismo. Fue un maestro absoluto de la técnica; y en su amplísimo registro de tonalidades, incluyó poesía patriótica, vernácula, infantil, amorosa, religiosa y mística, entre otras, y en todas demostró su maestría en el ejercicio del oficio poético. Habría que destacar, además, un impulso indigenista muy claro, que busca reivindicar el pasado prehispánico, en algunos de sus poemas, así como diversos matices de mexicanidad.

En aquel amplio abanico de registros, el tema de la búsqueda de lo divino constituye uno de los ejes centrales de su obra y permite entender en gran parte su mundo interno. Y si bien escribió: “La desventura me quitó el regalo/ y la serena paz de la existencia”, en su poema “El milagro”, del libro *Elevación*, publicado en 1917, dos años antes de su muerte, eleva, casi, una oración:

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
muy pronto mis tinieblas se disfrutarán de luz...
hay un presentimiento de sol en lontananza
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Pero volvamos a su vida que, en alguna forma, asoma en las numerosas fotografías que lo reflejan con una formalidad y una distinción que se preservan en un marco de silencio. Ese silencio es importante. El silencio nerviano, silencio de profundidad poética, no en un silencio audible, sino otro, mucho más eficaz: un silencio retenido, concentrado en el espacio cerrado de la mirada; un silencio que empuja hacia fuera para manifestarse, mientras el escritor, con suavidad lo retiene. Nervo solía hundirse en sus aguas y encontrar en esa profundidad la atmósfera propicia, para verbalizar sus realidades y sus tormentos y hallazgos interiores.

Al paso de los años, modelará ese silencio y lo convertirá en un silencio tocado por los perfumes e influjos del oriente; será el pórtico de una forma distinta de

percibir el halo divino que impregna el universo. Más que un silencio para hablar con Dios; es el silencio total en el que se manifiesta la *presencia*.

Pero no fue el silencio, sino la palabra, el camino del poeta. Volvamos de nuevo al Nervo adolescente. Regresó de Zamora a Tepic, donde trabajó en una tienda de telas por unos meses, antes de trasladarse a Mazatlán donde fue redactor del periódico *El Correo de Mazatlán*. Ahí publicó sus primeros artículos, cuentos, crónicas y poemas, antes de volar a la Ciudad de México a los 24 años, para convertirse, paso a paso, en un asiduo colaborador de los diarios más importantes de la ciudad.

Bernardo Ortiz de Montellano escribe un retrato de aquel muchacho que apenas comenzaba a despuntar:

Cierro los ojos y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálida del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecía alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto, y un levitón negro de corte clerical, que imprimía carácter al personaje: la cabeza, de rostro terso, palidez amarillenta y aguileñas facciones marcadamente españolas [...] Coronaba el conjunto una melena oscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen, despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. [...] Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz,

no olvidaré, no podré olvidar nunca las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada suave y vagorosa que, cuando se detenía, tornábase intensa y honda, y se encendía en luz abismal, y las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían en rígidas crispaduras o se abandonaban a languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta. [...] Se llamaba Amado Nervo.

Aquel joven, entonces desgarrado, se convertiría, en unos cuantos años, en una figura respetada entre los literatos. Su producción sería abundante y diversa. Un año después de su arribo a México, en 1895, cuando su nombre comenzaba a sonar tras publicar la novela *El Bachiller*, Gutiérrez Nájera murió. Aquella muerte, en una forma extraña, trajo para Nervo el reconocimiento generalizado de su calidad de poeta. “Hecho curioso”, diría después Carlos Díaz Dufoo:

Nervo nació como poeta para nosotros al par que para el público al borde de la tumba de Gutiérrez Nájera, que no había creído en Amado Nervo. En medio de aquel dolor que nos enmudecía a todos, se alzó una voz opaca, casi sin matiz, que dijo lo que todos llevábamos en el espíritu, en la soleada tarde de invierno en que la tierra se abrió para siempre para recibir al duque.

—¿Quién es ese hombre raro?, preguntó Rosendo Pineda.

—Amado Nervo, un poeta tepiqueño, recién venido a México.

—¡Diablo de hombre!

En 1900, Nervo fue enviado a París como corresponsal del periódico *El Mundo* y aquel viaje transformó su vida en muchos aspectos. Conoció a autores trascendentes como Verlaine, Moreas y Wilde, y comenzó una profunda amistad con Rubén Darío. La casualidad, o tal vez el destino, lo condujo al encuentro con el amor de su vida, Ana Cecilia Luisa Daillez, quien fue su mujer durante diez años, hasta la muerte de ella.

De Europa, recuerda Ortiz de Montellano, Nervo regresó dos años más tarde, “sociable y mundano”. El muchacho aquel se había transformado. Llega para ocupar en México el sitio que dejó vacante Gutiérrez Nájera, como activador de la nueva literatura modernista. Había publicado sus libros *Perlas negras y Místicas* (1998), *La hermana agua* (1900), una de sus obras más logradas, así como *El éxodo y las flores del camino* (1902), entre otras obras y numerosos artículos. Su trabajo literario era ya reconocido. Su popularidad crecía. Su estilo elegante y seductor lo colocaba en el centro de las miradas de las damas y los jóvenes que le rodean, mientras que sus colegas le otorgan el respeto de un poeta mayor. Era invitado a tertulias y homenajes; y su nombre, poco a poco, adquiriría el resplandor del gran poeta mexicano.

Aunque vivía de sus colaboraciones a periódicos y revistas, obtuvo un trabajo de inspector de educación y una cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria lo que le permitió sostener con cierta holgura el hogar en donde le esperaba Ana Cecilia, silenciosa y oculta, vinculada al poeta por un amor seguramente enorme, mas no formalizado. Por lo tanto, había que evitar los señalamientos y las murmuraciones.

A medida que maduraba, crecía el brillo de Ner-vo. Hay testimonios de la fuerte impresión que causaba escucharlo decir sus poemas. Su mirada, sus manos, el tono envolvente de su voz, parecían emitir un flujo hipnótico que embelezaba a quienes lo oían. ¿Quién no sabía alguna o al menos algún párrafo de sus poemas?

Bellas mujeres de ardientes ojos,
de labios vivos, de tez rosada,
¡os aborrezco! ¡vuestros encantos
no me seducen ni me arrebatan!

A mí me gustan las niñas tristes,
a mí me gustan las niñas pálidas,
las de apacibles ojos oscuros
donde perenne misterio irradia.

Poemas aún de tono romántico que eran bien recibidos por la gente; pero también mostraba en otros el pulso más dinámico de lo moderno

Valsar, girar, ¡qué bello es eso!
valsar, girar, perder el seso,
hacia el abismo resbalar
en la pendiente, darse un beso,
morir después, valsar, girar...

Incluso cautivaba al atento oído familiar:

¿Por qué tan grave la muchachita?
¿Por qué los goces del juego evita?
¿por qué se oculta y en un rincón,
el más sombrío de estancia aislada,
gime solita y acurrucada,
como paloma sin su pichón?

[...]

¡Ay! Es que ha muerto su hermosa gata,
cuyo bigote —púas de plata—
cien y cien veces acarició;
la de albo pelo, mayar sonoro,
ojos muy verdes, vetados de oro,
¡La Remonona que tanto amó!

En 1905, Neruo obtuvo un cargo diplomático mediante examen de oposición y regresó a Madrid como segundo secretario de la legación mexicana. Ahí, en un hermoso apartamento, vive con Ana Cecilia, mante-

niéndola de nuevo en el secreto, mientras continúa con su labor literaria y sus colaboraciones periodísticas. A la par, su amistad con Rubén Darío se fortalece tanto que le comparte el secreto de la presencia de su amada, oculta en su departamento de Madrid.

A partir de entonces, Nervo vive fuera de México. Doñán y Palomar lo cuentan así:

Aún, cuando en 1914 el gobierno de Venustiano Carranza decidió cesar a la mayor parte de los funcionarios diplomáticos de nuestro país, Nervo optó nuevamente por permanecer por su cuenta en Europa. Cuatro años más tarde, el mismo gobierno carrancista lo reincorpora al Servicio Exterior y de inmediato le asigna el cargo de ministro plenipotenciario en Argentina, Uruguay y Paraguay, cargo que sólo ocupó durante un año y dos meses, al sobrevenirle la muerte en Montevideo, el 24 de mayo de 1919, a los 48 años.

De sus exequias, un acontecimiento de la época y motivo de múltiples homenajes, Ortiz de Montellano afirma que

Ni héroe ni rey alguno, menos un poeta, han recibido nunca los honores funerales que durante seis meses, tiempo que duró el traslado a la capital mexicana, le rindieron a su paso los pueblos de América. [...] Los

libreros agotaron las ediciones de sus libros, millones de labios repitieron su nombre y sus versos.

Nervo fue Nervo no sólo por su poesía y su extensa y valiosa obra literaria, también lo fue por el peso propio de su personalidad, por la forma profunda e inteligente con que reflejaba sus posturas ante la vida en sus propuestas, sus conversaciones, sus escritos. Su obra era cautivante; su mirada abría puertas a mundos imaginarios, mundos poéticos en los que navegaba. Y si su vida fue activa y agitada, si sufrió la pérdida de su amada y el desprecio de su joven hijastra años después, bien pudiéramos decir que en su epitafio podrían quedar grabados aquellos versos con que termina su famoso poema “En Paz”:

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Perlas negras

VI

Rindióme al fin el batallar continuo
de la vida social; en la contienda,
envidiaba la dicha del beduino
que mora en libertad bajo su tienda.

Hui del mundo a mi dolor extraño,
llevaba el corazón triste y enfermo,
y busqué, como Pablo el Ermitaño,
la inalterable soledad del yermo.

Allí moro, allí canto, de la vista
del hombre huyendo, para el goce muerto,
y bien puedo decir como el Bautista:
¡Soy la voz del que clama en el desierto!

VIII

Al oír tu dulce acento
me subyuga la emoción,
y en un mudo arrobamiento
se arrodilla el pensamiento

y palpita el corazón...
Al oír tu dulce acento.

Canta, virgen, yo lo imploro;
que tu voz angelical
semeja el rumor sonoro
de leve lluvia de oro
sobre campo de cristal.
Canta, virgen, yo lo imploro:
es de alondra tu garganta,
¡canta!

¡Qué vagas melancolías
hay en tu voz! Bien se ve
que son amargos tus días.
Huyeron las alegrías,
tu corazón presa fue
de vagas melancolías.

¡Por piedad! ¡No cantes ya,
que tu voz al alma hierde!
Nuestro amor, ¿en dónde está?
Ya se fue... todo se va...
Ya murió... todo se muere...
Por piedad, no cantes ya,
que la pena me avasalla...
¡Calla!

XLII

Yo también, cual los héroes medievales
que viven con la vida de la fama,
luché por tres divinos ideales:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi Dama!

Hoy que Dios ante mí su faz esconde,
que la Patria me niega su ternura
de madre, y que a mi acento no responde
la voz angelical de la Hermosura,

rendido bajo el peso del destino
esquivando el combate, siempre rudo,
heme puesto a la vera del camino,
resuelto a descansar sobre mi escudo.

Quizá mañana, con afán contrario,
ajustándome el casco y la loriga,
de nuevo iré tras el combate diario,
exclamando: ¡Quién me ame que me siga!

... Mas hoy dejadme, aunque a la gloria pese,
dormir en paz sobre mi escudo roto;
dejad que en mi redor el ruido cese,
que la brisa noctívaga me bese
y el Olvido me de su flor de Loto...

Cobardía

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul...!
Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirar azul!

Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
“¡Síguela!”, gritaron cuerpo y alma al par.
... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!

A Leonor

Tu cabellera es negra como el ala
del misterio; tan negra como un lóbrego
jamás, como un adiós, como un “¡quién sabe!”
Pero hay algo más negro aún: ¡tus ojos!

Tus ojos son dos magos pensativos,
dos esfinges que duermen en la sombra,
dos enigmas muy bellos... Pero hay algo,
pero hay algo más bello aún: tu boca.

Tu boca, ¡oh sí!; tu boca, hecha divinamente
para el amor, para la cálida
comuni3n del amor, tu boca joven;
pero hay algo mejor aún: ¡tu alma!

Tu alma recogida, silenciosa,
de piedades tan hondas como el piélagos,
de ternuras tan hondas...
Pero hay algo,
pero hay algo más hondo aún: ¡tu ensueño!

Aquel olor

Era un 'amicizia

"di terra lontana"

Gabriele D'Annunzio

¿En qué cuento te leí?
¿En qué sueño te soñé?
¿En qué planeta te vi
antes de mirarte aquí?
¡Ah! ¡No lo sé..., no lo sé!

Pero brotó nuestro amor
con un antiguo fervor,
y hubo, al tendernos la mano,
cierta emoción anterior,
venida de lo lejano.
Tenía nuestra amistad
desde el comienzo un cariz
de otro sitio, de otra edad,
y una familiaridad
de indefinible matiz...

Explique alguien (si lo osa)
el hecho, y por qué, además,
de tus caricias de diosa

me queda una misteriosa
esencia sutil de rosa
que vienen de un siglo atrás...

Pasas por el abismo de mis tristezas...

Pasas por el abismo de mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares,
ungiendo lo infinito de mis pesares
con el nardo y la mirra de tus ternezas.

Ya tramonta mi vida, la tuya empiezas;
mas, salvando del tiempo los valladares,
como un rayo de luna sobre los mares,
pasas por el abismo de mis tristezas.

No más en la tersura de mis cantares
dejará el desencanto sus asperezas;
pues Dios, que dio a los cielos sus luminares,
quiso que atravesaras por mis tristezas
como un rayo de luna sobre los mares.

El primer beso

Yo ya me despedía... y palpitante
cerca mi labio de tus labios rojos,
“Hasta mañana”, susurraste;
yo te miré a los ojos un instante
y tú cerraste sin pensar los ojos
y te di el primer beso: alcé la frente
iluminado por mi dicha cierta.
Salí a la calle alborozadamente
mientras tú te asomabas a la puerta
mirándome encendida y sonriente.
Volví la cara en dulce arrobamiento,
y sin dejarte de mirar siquiera,
salté a un tranvía en raudo movimiento;
y me quedé mirándote un momento
y sonriendo con el alma entera,
y aún más te sonreí... Y en el tranvía
a un ansioso, sarcástico y curioso,
que nos miró a los dos con ironía,
le dije poniéndome dichoso:
—“Perdóneme, Señor, esta alegría.”

La canción de Flor de Mayo

Flor de Mayo como un rayo
de la tarde se moría...
Yo te quise, Flor de Mayo,
tú lo sabes; ¡pero Dios no lo quería!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, cantando irán.

Flor de Mayo ni se viste
ni se alhaja ni atavía;
¡Flor de Mayo está muy triste!
¡Pobrecita, pobrecita vida mía!

Cada estrella que palpita,
desde el cielo le habla así:
“Ven conmigo, Florecita,
brillarás en la extensión igual a mí”

Flor de Mayo, con desmayo,
le responde: “¡Pronto iré!”

...

Se nos muere Flor de Mayo,
¡Flor de Mayo, la elegida, se nos fue!

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, llorando irán...

“¡No me dejes!” yo le grito:
“¡No te vayas dueño mío,
el espacio es infinito
y es muy negro y hace frío, mucho frío!”

Sin curarse de mi empeño,
Flor de Mayo se alejó.
Y en la noche, como un sueño
misteriosamente triste se perdió.

Las olas vienen, las olas van,
cantando vienen, ¡ay, cómo irán!

Al amparo de mi huerto
una sola flor crecía:
Flor de Mayo, y se me ha muerto..
Yo la quise, ¡Pero Dios no lo quería!

El celaje

¿Adónde fuiste, Amor, adónde fuiste?
Se extinguió en el poniente el manso fuego,
y tú, que me decías: “hasta luego,
volveré por la noche”... ¡no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar mi imagen triste?

... Amor, ¡ya no vendrás! En vano, ansioso,
de mi balcón atalayando vivo
el campo verde y el confín brumoso;

y me finge un celaje fugitivo
nave de luz en que, al final reposo,
va tu dulce fantasma pensativo.

Después

Te odio con el odio de la ilusión marchita:
¡Retírate! He bebido tu cáliz, y por eso
mis labios ya no saben dónde poner su beso;
mi carne, atormentada de goces, muere ahíta.

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
cuanto he querido fuiste para mi afán avieso.
¿En dónde hallar espasmos, en dónde hallar exceso
que al punto no me brinde tu perversión maldita?

¡Aléjate! Me invaden vergüenzas dolorosas,
sonrojos indecibles del mal, rencores francos,
al ver temblar la fiebre sobre tus senos rosas.

No quiero más que vibre la lira de tus flancos:
déjame solo y triste llorar por mis gloriosas
virginidades muertas entre tus muslos blancos.

Inmortalidad

No, no fue tan efímera la historia
de nuestro amor: entre los folios tersos
del libro virginal de tu memoria,
como pétalo azul está la gloria
doliente, noble y casta de mis versos.

No puedes olvidarme: te condeno
a un recuerdo tenaz. Mi amor ha sido
lo más alto en tu vida, lo más bueno;
y sólo entre los légamos y el cieno
surge el pálido loto del olvido.

Me verás dondequiera: en el incierto
anochecer, en la alborada rubia,
y cuando hagas labor en el desierto
corredor, mientras tiemblan en tu huerto
los monótonos hilos de la lluvia.

¡Y habrás de recordar! Esa es la herencia
que te da mi dolor, que nada ensalma.
¡Seré cumbre de luz en tu existencia,
y un reproche inflexible en tu conciencia
y una estela inmortal dentro de tu alma!

El retorno

“Vivir sin tus caricias es mucho desamparo;
vivir sin tus palabras es mucha soledad;
vivir sin tu amoroso mirar, ingenuo y claro,
es mucha oscuridad...”

Vuelvo pálida novia, que solías
mi retorno esperar tan de mañana,
con la misma canción que preferías
y la misma ternura de otros días
y el mismo amor de siempre, a tu ventana.

Y elijo para verte, en delicada
complicidad con la Naturaleza,
una tarde como ésta: desmayada
en un lecho de lilas, e impregnada
de cierta aristocrática tristeza.

¡Vuelvo a ti con los dedos enlazados
en actitud de súplica y anhelo
–como siempre–, y mis labios no cansados
de alabarte, y mis ojos obstinados
en ver los tuyos a través del cielo!

Recíbeme tranquila, sin encono,
mostrando el dejo suave de una hermana;
murmura un apacible: “Te perdono”,
y déjame dormir con abandono,
en tu noble regazo, hasta mañana...

La Puerta

Por esa puerta huyó diciendo “¡Nunca!”
Por esa puerta ha de volver un día...
Al cerrar esa puerta dejo trunca
la hebra de oro de la esperanza mía.
Por esa puerta ha de volver un día.

Cada vez que el impulso de la brisa,
como una mano débil indecisa,
levemente sacude la vidriera,
palpita más aprisa, más aprisa,
mi corazón cobarde que la espera.

Desde mi mesa de trabajo veo
la puerta con que sueñan mis antojos
y acecha agazapando mi deseo
en el trémulo fondo de mis ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo,
he de aguardar con la mirada incierta
a que Dios me devuelva compasivo
a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuándo habrán de temblar esos cristales
empujados por sus manos ducales,

y, con su beso ha de llegar a ellas,
cual me llega en las noches invernales
el ósculo piadoso de una estrella?
¡Oh Señor!, ya la pálida está alerta;
¡oh Señor, cae la tarde ya en mi vía
y se congela mi esperanza yerta!
¡Oh, Señor, haz que se abra al fin la puerta
y entre por ella la adorada mía!...
¡Por esa puerta ha de volver un día!

Mi secreto

¿Mi secreto? ¡Es tan triste! Estoy perdido
de amores por un ser desaparecido,
por un alma liberta,
que diez años fue mía, y que se ha ido..
¿Mi secreto? Te lo diré al oído:
¡Estoy enamorado de una muerta!

¿Comprendes —tú que buscas los visibles
transportes, las reales, las tangibles
caricias de la hembra, que se plasma
a todos tus deseos invencibles—
ese imposible de los imposibles
de adorar a un fantasma?

¡Pues tal mi vida es y tal ha sido
y será!
Si por mí sólo ha latido
su noble corazón, hoy mudo y yerto,
¿he de mostrarme desagradecido
y olvidarla, no más porque ha partido
y dejarla, no más porque se ha muerto?

Ha mucho tiempo que te soñaba

Ha mucho tiempo que te soñaba
así, vestida de blanco tul,
y al alma mía que te buscaba,
Ana, ¿qué miras? le preguntaba
como en el cuento de Barba azul.

Ha mucho tiempo que presentía
tus ojos negros como los vi,
y que, en mis horas de nostalgia,
la hermana Ana me respondía:
“Hay una virgen que viene a ti”.

Y al vislumbrarte, febril, despierto,
tras de la ojiva del torreón,
después de haberse movido incierto,
como campana que toca a “muerto”,
tocaba a “gloria” mi corazón.

Por fin, distinta me apareciste;
vibraron dianas en rededor,
huyó callada la Musa triste
y tú llegaste, viste y venciste
como el magnífico Emperador.

Hoy, mi esperanza que hacia ti corre,
que mira el cielo donde tú estés,
porque la gloria se le descorre,
ya no pregunta desde la torre:
Hermana Ana, ¿dime qué ves?

Hoy en mi noche tu luz impera,
veo tu rostro resplandecer,
y en mis ensueños sólo quisiera
enarbolarte como bandera
¡y a ti abrazado por ti vencer!

Me besaba mucho

Me besaba mucho, como si temiera
irse muy temprano... Su cariño era
inquieto, nervioso. Yo no comprendía
tan febril premura. Mi intención grosera
nunca vio muy lejos
¡Ella presentía!

Ella presentía que era corto el plazo,
que la vela herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya..., y en su ansiedad
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

¡Quién sabe por qué!

Perdí tu presencia,
pero la hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

Tú fuiste en mi senda
la única prenda
que nunca busqué;
llegaste a mi tienda
con tu noble ofrenda,
¡quién sabe por qué!

¡Ay!, por cuánta y cuánta
quimera he anhelado
que jamás logré...,
y en cambio, a ti, santa,
dulce bien amado,
te encontré a mi lado,
¡quién sabe por qué!

Viniste, me amaste;
diez años llenaste

mi vida de fe,
de luz y de aroma;
en mi alma arrullaste
como una paloma,
¡quién sabe por qué!

Y un día te fuiste:
¡Ay triste!, ¡ay triste!;
pero te hallaré;
pues oculta ciencia
dice a mi conciencia
que en otra existencia
te recobraré.

El fantasma y yo

Mi alma es una princesa en su torre metida,
con cinco ventanitas para mirar la vida.
Es una triste diosa que el cuerpo aprisionó.
y tu alma, que desde antes de morirte volaba,
es un ala magnífica, libre de toda traba...
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

¡Qué entiendo de las cosas! Las cosas se me ofrecen,
no como son de suyo, sino como aparecen
a los cinco sentidos con que Dios limitó
mi sensorio grosero, mi percepción menguada.
Tú lo sabes hoy todo..., ¡yo, en cambio, no sé nada!
Tú no eres el fantasma: ¡el fantasma soy yo!

Gratia plena

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía.
Era “llena de gracia”, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste amanecía...
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular.
Más que muchas princesas, princesa parecía:
era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años fue mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar!
¡Era llena de gracia, como el Avemaría,
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

Bon soir

“¡Donc bon soir, mon mignon et a demain!”

(Palabras que Ana me dejó escritas una noche en que tuvimos que separarnos.)

¡Buenas noches, mi amor, y hasta mañana!

Hasta mañana, sí, cuando amanezca,
y yo, después de cuarenta años
de incoherente soñar, abra y estriegue
los ojos del espíritu,
como quien ha dormido mucho, mucho,
y vaya lentamente despertando,
y, en una progresiva lucidez,
ate los cabos del ayer de mi alma
(antes de que la carne la ligara)
y del hoy prodigioso
en que habré de encontrarme, en este plano
en que ya nada es ilusión y todo
es verdad...

¡Buenas noches, amor mío,
buenas noches! Yo quedo en las tinieblas
y tú volaste hacia el amanecer...

¡Hasta mañana, amor, hasta mañana!
Porque, aun cuando el destino
acumulara lustro sobre lustro

de mi prisión por vida, son fugaces
esos lustros; sucedense los días
como rosarios, cuyas cuentas magnas
son los domingos...
Son los domingos, en que, con mis flores
voy invariablemente al cementerio
donde yacen tus formas adoradas.
¿Cuántos ramos de flores
he llevado a la tumba? No lo sé.
¿Cuántos he de llevar? Tal vez ya pocos.
¡Tal vez ya pocos! ¡Oh, que perspectiva
deliciosa!
¡Quizás el carcelero
se acerca con sus llaves resonantes
a abrir mi calabozo para siempre!
¿Es por ventura el eco de sus pasos
el que se oye, a través de la ventana,
avanzar por los quietos corredores?
¡Buenas noches, amor de mis amores!
Hasta luego, tal vez..., o hasta mañana.

Más yo que yo mismo

¡Oh, vida mía, vida mía!,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí.
¡De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí!

Faro de mi devoción,
perenne cual mi aflicción
es tu memoria bendita.
¡Dulce y santa lamparita
dentro de mi corazón!

Luz que alumbra mi pesar
desde que tú te partiste
y hasta el fin lo ha de alumbrar,
que si me dejaste triste,
triste me habrás de encontrar.

Y al abatir mi cabeza,
ya para siempre jamás,
el mal que a minarme empieza,
pienso que por mi tristeza
tú me reconocerás.

Merced al noble fulgor
del recuerdo, mi dolor
será espejo en que has de verte,
y así vencerá a la muerte
la claridad del amor.

No habrá ni coche ni abismo
que enflaquezca mi heroísmo
de buscarte sin cesar.
Si eras más que yo mismo,
¿cómo no te he de encontrar?

¡Oh, vida mía, vida mía,
agonicé con tu agonía
y con tu muerte me morí!
De tal manera te quería,
que estar sin ti es estar sin mí.

A Kempis

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis, antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa como las naves,
como las nubes, como las sombras...

huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra...

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

Llévalo de amor

Siempre que haya un hueco en tu vida,
llénalo de amor.

Adolescente, joven, viejo:
siempre que haya un hueco en tu vida,
llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío,
ve a buscar amor.

No pienses: Sufiré.

No pienses: Me engañarán.

No pienses: Dudaré.

Ve, simplemente, diáfananamente, regocijadamente,
en busca del amor.

Qué índole de amor?

No importa.

Todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que
puedas...

pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad del amor.

Él lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no responden a tus
ternuras;

el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida,
¡llénalo de amor!

Incoherencias

Yo tuve un ideal, ¿en dónde se halla?
Albergué una virtud, ¿por qué se ha ido?
Fui templario, ¿do está mi recia malla?
¿En qué campo sangriento de batalla
me dejaron así, triste y vencido?

¡Oh, Progreso, eres luz! ¿Por qué no llena
tu fulgor mi conciencia? Tengo miedo
a la duda terrible que envenena,
y me miras rodar sobre la arena
¡y, cual hosca vestal, bajas el dedo!

¡Oh!, siglo decadente, que te jactas
de poseer la verdad, tú que haces gala
de que con Dios y con la muerte pactas,
devuélveme mi fe, yo soy un Chactas
que acaricia el cadáver de su Atala...

Amaba y me decías: “analiza”,
y murió mi pasión; luchaba fiero
con Jesús por coraza, y en la liza
desmembró mi coraza, triza a triza,
el filo penetrante de tu acero.

¡Tengo sed de saber y no me enseñas;
tengo sed de avanzar y no me ayudas;
tengo sed de creer y me despeñas
en el mar de teorías en que sueñas
hallar las soluciones de tus dudas!

Y caigo, bien lo ves, y ya no puedo
batallar sin amor, sin fe serena
que ilumine mi ruta, y tengo miedo...
¡Acógeme, por Dios! Levanta el dedo,
vestal, ¡que no me maten en la arena!

Si tú me dices: ven

Si tú me dices: “¡Ven!”, lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo

que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si tú me dices: “¡Ven!”, todo lo dejo...
Llegaré a tu santuario casi viejo,
y al fulgor de la luz crepuscular;

mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome, ¡oh, Cristo!, como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar.

No soy demasiado sabio...

Yo no soy demasiado sabio para negarte,
Señor, encuentro lógica tu existencia divina;
me basta con abrir los ojos para hallarte;
la creación entera me convida a adorarte,
y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

¿Qué son nuestras angustias para querer por ellas
argüirte de cruel? ¿Sabemos por ventura
si tú con nuestras lágrimas fabricas las estrellas,
si los seres más altos, si las cosas más bellas
se amasan con el noble barro de la amargura?

Esperemos, suframos, no lancemos, jamás
a lo invisible nuestra negación como un reto.
Pobre criatura triste, ¡ya verás, ya verás!
La muerte se aproxima... ¡De sus labios oirás
el celeste secreto!

Metafisiqueos

¡De qué sirve al triste la filosofía!
Kant o Schopenhauer o Nietzsche o Bergson...
¡Metafisiqueos!

En tanto, Ana mía,
te me has muerto, y yo no sé todavía
dónde ha de buscarte mi pobre razón.
¡Metafisiqueos, pura teoría!
¡Nadie sabe nada de nada: mejor
que esa pobre ciencia confusa y vacía,
nos alumbra el alma, como luz del día,
el secreto instinto del eterno amor!

No ha de haber abismo que ese amor no ahonde,
y he de hallarte. ¿Dónde? ¡No me importa dónde!
¿Cuándo? No me importa..., ¡pero te hallaré!
Si pregunto a un sabio, “¡Qué sé yo!”, responde.
Si pregunto a mi alma, me dice: “¡Yo sé!”

Viejo estribillo

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
es un soplo de viento...

Di, ¿quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter —Son las nubes que pasan;
mira bien, son las nubes...

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo...
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
es la imagen del cielo...

¡Oh Señor! La belleza sólo es, pues, espejismo;
nada más Tú eres cierto: ¡sé Tú mi último dueño!
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
un poquito de ensueño...

Expectación

Siento que algo solemne va a llegar a mi vida.
¿Es acaso la muerte? ¿Por ventura el amor?
Palidece mi rostro, mi alma está conmovida,
y sacude mis miembros un sagrado temblor.

Siento que algo sublime va a encarnar en mi barro
en el mísero barro de mi pobre existir.
Una chispa celeste brotará del guijarro,
y la púrpura augusta va el harapo a teñir.

Siento que algo solemne se aproxima, y me hallo
todo trémulo; mi alma de pavor llena está.
Que se cumpla el destino, que Dios dicte su fallo,
para oír la palabra que el abismo dirá.

Y el Buda de basalto sonreía

Aquella tarde, en la alameda, loca
de amor, la dulce idolatrada mía
me ofreció la eglantina de su boca.

Y el Buda de basalto sonreía...

Otro vino después, y sus hechizos
me robó; la di cita, y en la umbría
nos trocamos epístolas y rizos.

Y el Buda de basalto sonreía...

Hoy hace un año del amor perdido.
Al sitio vuelvo y, como estoy rendido
tras largo caminar, trepo a lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa.
Derrotado y sangriento muere el día,
y en los brazos del Buda de basalto
me sorprende la luna misteriosa.

Dormir

¡Yo lo que tengo, amigo, es un profundo deseo de dormir!... ¿Sabes?: el sueño es un estado de divinidad.

El que duerme es un dios... Yo lo que tengo, amigo, es gran deseo de dormir.

El sueño es en la vida el solo mundo nuestro, pues la vigilia nos sumerge en la ilusión común, en el océano de la llamada "Realidad". Despiertos vemos todos lo mismo:

vemos la tierra, el agua, el aire, el fuego, las criaturas efímeras... Dormidos cada uno está en su mundo,

en su exclusivo mundo:

hermético, cerrado a ajenos ojos,

a ajenas almas; cada mente hila

su propio ensueño (o su verdad: ¡quién sabe!)

Ni el ser más adorado

puede entrar con nosotros por la puerta

de nuestro sueño. Ni la esposa misma

que comparte tu lecho

y te oye dialogar con los fantasmas

que surcan por tu espíritu
mientras duermes, podría,
aun cuando lo ansiara,
traspasar los umbrales de ese mundo,
de tu mundo mirífico de sombras.

¡Oh, bienaventurados los que duermen!
Para ellos se extingue cada noche,
con todo su dolor el universo
que diariamente crea nuestro espíritu.
Al apagar su luz se apaga el cosmos.

El castigo mayor es la vigilia:
el insomnio es destierro
del mejor paraíso...

Nadie, ni el más feliz, restar querría
horas al sueño para ser dichoso.
Ni la mujer amada
vale lo que un dormir manso y sereno
en los brazos de Aquel que nos sugiere
santas inspiraciones ...
“El día es de los hombres; mas la noche,
de los dioses”, decían los antiguos.

No turbes, pues, mi paz con tus discursos,
amigo: mucho sabes;
pero mi sueño sabe más... ¡Aléjate!

No quiero gloria ni heredad ninguna:
yo lo que tengo, amigo, es un profundo
deseo de dormir...

Renunciación

¡Oh, Siddharta Gautama!, tú tenías razón:
las angustias nos vienen del deseo; el edén
consiste en no anhelar, en la renunciación
completa, irrevocable, de toda posesión;
quien no desea nada, dondequiera está bien.

El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura.
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
¡y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como el Cínico el agua con la mano,
quien de volver la espalda al dinero es capaz,
quien ama sobre todas las cosas al Arcano,
¡ése es el victorioso, el fuerte, el soberano...
y no hay paz comparable con su perenne paz!

En paz

Artifex vitae, artifex sui

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje la miel o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.

Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

La hermana Agua

Laudato si', mi' Signore, per sor Acqua...

San Francisco de Asís

A quien va a leer

Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba; que canta a mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, estas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros.

El alma del Agua me ha hablado en la sombra —el alma santa del Agua— y yo la he oído, con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: ser dócil, ser cristalino; esta es la ley y los profetas; y tales páginas han formado un poema.

Yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de sor Acqua; y este será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.

El agua que corre bajo la tierra

Yo canto al cielo porque mis linfas ignoradas
hacen que fructifiquen las savias; las llanadas,
los sotos y las lomas por mí tienen frescura.
Nadie me mira, nadie; más mi corriente obscura
se regocija luego que viene primavera,
porque si dentro hay sombras, hay muchos tallos fuera.

Los gérmenes conocen mi beso cuando anidan
bajo la tierra, y luego que son flores me olvidan.
Lejos de sus raíces las corolas felices
no se acuerdan del agua que regó sus raíces...
¡Qué importa! Yo alabanzas digo a Dios con voz suave.
La flor no sabe nada, ¡pero el Señor sí sabe!

Y canto a Dios corriendo por mi ignoto sendero,
dichosa de antemano; porque seré venero
ante la vara mágica de Moisés; porque un día
vendrán las caravanas hacia la linfa mía;
porque mis aguas dulces, mientras que la sed matan,
el rostro beatífico del sediento retratan
sobre el fondo del cielo que los cristales yerra;
porque copiando el cielo lo traslado a la tierra,
y así el creyente triste, que el él su dicha fragua,
bebe, al beberme, el cielo que palpita en mi agua,
y como en ese cielo brillan estrellas bellas,
el hombre que me bebe comulga con estrellas.

Yo alabo al Señor bueno porque, con la infinita
pedrería que encuentro de fuegos policromos,
forjó en las misteriosas grutas la estalactita,
pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos;
porque en oculto seno de la caverna umbría
doy de beber al monstruo que tiene miedo al día.
¡Qué importa que mi vida bajo la tierra acabe!
Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Así me dijo el Agua que discurre por los
antros, y yo: –¡Agua hermana, bendigamos a Dios!

El agua que corre sobre la tierra

Yo alabo al cielo porque me brindó en sus amores,
para mi fondo gemas, para mi margen flores;
porque cuando la roca me muerde y me maltrata
hay en mi sangre (espuma) filigrana de plata;
porque cuando al abismo ruedo en un cataclismo,
adorno de arco-iris triunfales el abismo,
y el rocío que salta de mis espumas blancas
riega las florecitas que esmaltan las barrancas;
porque a través del cauce llevando mi caudal,
soy un camino que anda, como dijo Pascal;
porque en mi gran llanura donde la brisa vuela;
deslízanse los élitros nevados de la vela;
porque en mi azul espalda que la quilla acuchilla

mezo, aduermo y soporto la audacia de la quilla,
mientras que no conturba mis ondas el Dios fuerte,
a fin de que originen catástrofes de muerte,
y la onda que arrulla sea la onda que hiere...
¡Quién sabe los designios de Dios que así lo quiere!

Yo alabo al cielo porque en mi vida errabunda
soy Niágara que truena, soy Nilo que fecunda,
maelstrom de remolino fatal, o golfo amigo;
porque, mar, di la vida, y, diluvio, el castigo.

Docilidad inmensa tengo para mi dueño:
Él me dice: “Anda”, y ando; “despeñate”, y despeño
mis aguas en la sima de roca que da espanto;
y canto cuando corro, y al despeñarme canto,
y cantando, mi linfa tormentas o iris fragua,
fiel al Señor... ¡Loemos a Dios, hermana Agua!

La nieve

Yo soy la movediza perenne; nunca dura
en mí una forma; pronto mi ser se transfigura,
y ya entre guijas de ónix cantando peregrino,
ya en témpanos helados detengo mi camino,
ya vuelo por los aires trocándome en vapores,
ya soy iris en polvo de todos los colores,
o rocío que asciende, o aguacero que llueve...

Mas Dios también me ha dado la albura de la nieve,
la albura de la nieve enigmática y fría
que cae de los cielos como una eucaristía,
que por los puntiagudos techos resbala leda
y que cuando la pisan cruje como la seda.

Cayendo silenciosa, de blanco al mundo arropo.
Subí, vapor, a lo alto, desciendo al suelo, copo;
subí gris de los lagos que la quietud estanca,
y bajo blanca al mundo... ¡Oh qué bello es ser blanca!

¿Por qué soy blanca? En premio al sacrificio mío,
porque tiritó para que nadie tenga frío,
porque mi lino todos los fríos almacena
¡Y Dios me torna blanca por haber sido buena!
¿Verdad que es llevadera la palma del martirio
así? Yo caigo como los pétalos de un lirio
de lo alto, y no pudiendo cantar mi canción pura
con murmurios de linfa, la canto con blancura.

La blancura es el himno más hermoso y más santo;
ser blanca es orar; siendo yo, pues, blanca, oro y canto.
Ser luminosa es otro de los cantos mejores:
¿No ves que las estrellas salmodian con fulgores?
Por eso el rey poeta dijo en himno de amor:
“El firmamento narra la gloria del Señor”.

Se tú como la Nieve que inmaculada llueve.
Y yo clamé: —¡Alabemos a Dios, hermana Nieve!

El hielo

Para cubrir los peces del fondo, que agonizan
de frío, mis piadosas ondas se cristalizan,
y yo, la inquietuela, cuyo perenne móvil
es variar, enmudezco, me aduermo, quedo inmóvil.
¡Ah! Tú no sabes cómo padezco nostalgia
de sol bajo esa blanca sábana siempre fría.
Tú no sabes la angustia de la ola que inmola
sus ritmos ondulantes de mujer —su sonrisa—
al frío, y que se vuelve —mujer de Loth— banquisa:
ser banquisa es ser como la estatua de la ola.

Tú ignoras esa angustia: mas yo no me rebelo,
y ansiosa de que todo en mi Dios sea loado,
desprendo radiaciones al bloque de mi hielo,
y en vez de azul oleaje soy témpano azulado.

Mis crestas en la noche del polo con fanales,
reflejo el rosa de las auroras boreales,
la luz convaleciente del sol, y con deleites
de Seraphita, yergo mi cristalina roca
por donde trepan lentas las morsas y la foca,
seguidas de lapones hambrientos de su aceite...

¿Ya ves cómo se acata la voluntad del cielo?
Y yo recé: —¡Loemos a Dios, hermano hielo!

El granizo

¡Tin, tin, tin, tin! Yo caigo del cielo, en insensato redoble, al campo y todos los céspedes maltrato.
¡Tin, tin! ¡Muy buenas tardes, mi hermana la pradera!
Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura tan finos y suaves como una dentadura, y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.
¡La linfa canta, el copo cruje, yo... yo repico!
Tin, tin, tin, tin, mi torre es la nube ideal:
¡oye mis campanitas de límpido cristal!
La nieve es triste, el agua turbulenta; yo sin ventura, soy un loco de atar, ¡tin, tin, tin, tin!
... ¿Censuras? No por cierto, no merezco censuras; las tardes calurosas por mí tienen frescuras, yo lucho con el hálito rabioso del verano y soy bello...
-¡Loemos a Dios, Granizo hermano!

El vapor

El vapor es el alma del agua, hermano mío, así como sonrisa del agua es el rocío, y el lago sus miradas y su pensar la fuente; sus lágrimas la lluvia; su impaciencia el torrente, y los ríos sus brazos; su cuerpo, la llanada

sin coto de los mares, y las olas, sus senos;
su frente, las neveras de los montes serenos,
y sus cabellos de oro líquido, la cascada.

Yo soy alma del agua, y el agua siempre sube:
las transfiguraciones de esa alma son la nube,
su Tabor es la tarde real que la empurpura:
como el agua fue buena, su Dios la transfigura...
Y ya es el albo copo que en el azul riel,
ya la zona de fuego, que parece una estela,
ya el divino castillo de nácar, ya el plumaje
de un pavo hecho de piedras preciosas, ya el encaje
de un abanico inmenso, ya el cráter que fulgura...
Como el agua fue buena, su Dios la transfigura...

—¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en
un templo.

Dios, siempre Dios... ¡en cambio, yo nunca le con-
templo!

¿Por qué si Dios existe no deja ver sus huellas
por qué taimadamente se esconde a nuestro anhelo,
por qué no se halla escrito su nombre con estrellas
en medio del esmalte magnífico del cielo?

—Poeta, es que lo buscas con la ensoberbecida
ciencia, que exige pruebas y cifras al Abismo...
Asómate a las fuentes oscuras de tu vida,
y allí verás su rostro: tu Dios está en ti mismo.

Busca el silencio y ora: tu Dios execra el grito;
busca la sombra y oye: tu Dios habla en lo arcano;
depón tu gran penacho de orgullo y de delito...

—Ya está

—¿Qué ves ahora?

—La faz del infinito.

—¿Y eres feliz?

—¡Loemos a Dios, Vapor hermano!

La bruma

La bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma!
La Bruma es el ensueño del agua, y en su empeño
de inmaterializarse lo vuelve todo ensueño.

A través de su velo mirífico, parece
como que la materia brutal se desvanece:
la torre es un fantasma de vaguedad que pasma,
todo, en su blonda envuelto, se convierte en fantasma,
y el mismo hombre que cruza por su zona quieta
se convierte en fantasma, es decir, en silueta.

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma,
de la Bruma que sueña con la aurora lejana!

Y yo dije: —¡Ensalcemos a Dios, oh Bruma hermana!

Las voces del agua

—Mi gota busca entrañas de roca y las perfora.
—En mí flota el aceite que en los santuarios vela.
—Por mi raya el milagro de la locomotora
la pauta de los rieles. —Yo pinto la acuarela.
—Mi bruma y tus recuerdos son por extraño modo
gemelos; ¿no ves cómo lo divinizan todo?
—Yo presto vibraciones de flautas prodigiosas
al cristal de los vasos. —Soy triaca y enfermera
en las modernas clínicas. —Y yo, sobre las rosas
turiferario santo del alba en primavera.
—Soy pródiga de fuerza motriz en mi caída.
—Yo escarcho los ramajes. —Yo en tiempos muy re-
motos
dí un canto a las sirenas. —Yo, cuando estoy dormida,
sueño sueños azules, y esos sueños son lotos.
—Poeta, que por gracia del cielo nos conoces,
¿no cantas con nosotras?
—¡Sí canto, hermanas voces!

El agua multiforme

“El agua toma siempre la forma de los vasos
que la contienen”, dicen las ciencias que mis pasos
atisban y pretenden analizarme en vano;
yo soy la resignada por excelencia, hermano.

¿No ves que a cada instante mi forma se aniquila?
Hoy soy torrente inquieto y ayer fui agua tranquila;
hoy soy, en vaso esférico, redonda; ayer, apenas,
me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,
y así pitagorizo mi ser, hora tras hora;
hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe.
¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!

¿Por qué tú te rebelas? ¿Por qué tú ánimo agitas?
¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas
de plegarse a los fines del Señor que nos rige!
¿Qué quieres? ¿Por qué sufres? ¿Qué sueñas? ¿Qué te
aflige?
¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto
aparecen...! ¡En cambio, yo canto, canto, canto!
Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota;
canto cuando soy chorro, canto cuando soy gota,
y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
murmuro: —¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¿Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua?
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
sé como el agua, dócil a la ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,
y en el estanque arrulla meciendo la piragua.

¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
lleva cantando el traje de que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en ti se cumplan los fines de la vida:
sé declive, no roca; transfórmate y anida
donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
tendrán filetes de ámbar tus ondas, si laguna
eres, y si océano, te plateará la luna.
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
y una crencha de arco-iris en flor, si eres cascada.

Así me dijo el Agua con místico reproche,
y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
clamé con el Apóstol: — Señor, ¿qué quieres que haga?

La raza de bronce

Leyenda heroica

Dicha el 19 de julio de 1902 en la Cámara de

Diputados en honor a Juárez

I

Señor, deja que diga la gloria de tu raza,
la gloria de los hombres de bronce, cuya maza
melló de tantos yelmos y escudos la osadía:
¡oh caballeros tigres!, ¡oh caballeros leones!,
¡oh caballeros águilas!, os traigo mis canciones;
¡oh enorme raza muerta!, te traigo mi elegía.

II

Aquella tarde, en el Poniente agosto,
el crepúsculo audaz era en una pira
como de algún atrida o de algún justo;
llamarada de luz o de mentira
que incendiaba el espacio, y parecía
que el sol al estrellar sobre la cumbre
su mole vibradora de centellas,

se trocaba en mil átomos de lumbre,
y esos átomos eran las estrellas.

Yo estaba solo en la quietud divina
del Valle. ¿Solo? ¡No! La estatua fiera
del héroe Cuauhtémoc, la que culmina
disparando su dardo a la pradera,
bajo del palio de pompa vespertina
era mi hermana y mi custodio era.

Cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—
y calló todo ser y toda cosa,
cuatro sombras llegaron a mí en coro;
cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—.

Llevaban una túnica esplendente,
y eran tan luminosamente bellas
sus carnes, y tan fúlgida su frente,
que prolongaban para mí el Poniente
y eclipsaban la luz de las estrellas.

Eran cuatro fantasmas, todos hechos
de firmeza, y los cuatro eran colosos
y fingían estatuas, y sus pechos
radiaban como bronce luminosos.

Y los cuatro entonaron almo coro...
Callaba todo ser y toda cosa;
y arriba era la noche misteriosa
jardín azul de margaritas de oro.

III

Ante aquella visión que asusta y pasma,
yo, como Hamlet, mi doliente hermano,
tuve valor e interrogué al fantasma;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—¿Quién sois vosotros, exclamé, que en presto
giro bajáis al Valle mexicano?
Tuve valor para decirles esto;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—¿Qué abismo os engendró? ¿De qué funesto
limbo surgís? ¿Sois seres, humo vano?
Tuve valor para decirles esto;
mas mi espada temblaba entre mi mano.

—Responded, continué. Miradme enhiesto
y altivo y burlador ante el arcano.
Tuve valor para decirles esto;
¡mas mi espada temblaba entre mi mano...!

IV

Y un espectro de aquéllos, con asombros
vi que vino hacia mí, lento y sin ira,
y llevaba una piel sobre los hombros
y en las pálidas manos una lira;
y me dijo con voces resonantes
y en una lengua rítmica que entonces
comprendí: —“¿Que quiénes somos? Los gigantes
de una raza magnífica de bronce.

“Yo me llamé Netzahualcóyotl y era
rey de Texcoco; tras de lid artera,
fui despojado de mi reino un día,
y en las selvas erré como alimaña,
y el barranco y la cueva y la montaña
me enseñaron su augusta poesía.

“Torné después a mi sitial de plumas,
y fui sabio y fui bueno; entre las brumas
del paganismo adiviné al Dios Santo;
le erigí una pirámide, y en ella,
siempre al fulgor de la primera estrella
y al son del huéhuetl, le elevé mi canto.”

V

Y otro espectro acercóse; en su derecha
llevaba una macana, y una fina
saeta en su carcaje, de ónix hecha;
coronaban su testa plumas bellas,
y me dijo: —“Yo soy Ilhuicamina,
sagitario del éter, y mi flecha
traspasa el corazón de las estrellas.

“Yo hice grande la raza de los lagos,
yo llevé la conquista y los estragos
a vastas tierras de la patria andina,
y al tornar de mis bélicas porfías
traje pieles de tigre, pedrerías
y oro en polvo... ¡Yo soy Ilhuicamina!”

VI

Y otro espectro me dijo: —“En nuestros cielos
las águilas y yo fuimos gemelos:
¡Soy Cuauhtémoc! Luchando sin desmayo
caí... ¡porque Dios quiso que cayera!
Mas caí como águila altanera:
viendo al sol y apedreada por el rayo.

“El español martirizó mi planta
sin lograr arrancar de mi garganta
ni un grito, y cuando el rey mi compañero
temblaba entre las llamas del brasero:
—¿Estoy yo, por ventura, en un deleite?,
le dije, y continué, sañudo y fiero,
mirando hervir mis pies en el aceite...”

VII

Y el fantasma postrer llegó a mi lado:
no venía del fondo del pasado
como los otros; mas del bronce mismo
era su pecho, y en sus negros ojos
fulguraba, en vez de ímpetus y arrojos,
la tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era
sereno como el cielo en primavera
y glacial como cima que acoraza
la nieve, y que su sino fue, en la Historia,
tender puentes de bronce entre la gloria
de la raza de ayer y nuestra raza.

Miróme con su límpida mirada,
y yo le vi sin preguntarle nada.
Todo estaba en su enorme frente escrito:

la hermosa obstinación de los castores,
la paciencia divina de las flores
y la heroica dureza del granito...

¡Eras tú, mi Señor; tú que soñando
estás en el panteón de San Fernando
bajo el dórico abrigo en que reposas;
eras tú, que en tu sueño peregrino,
ves marchar a la Patria en su camino
rimando risas y regando rosas!

Eras tú, y a tus pies cayendo al verte:
—Padre, te murmuré, quiero ser fuerte:
dame tu fe, tu obstinación extraña;
quiero ser como tú, firme y sereno;
quiero ser como tú, paciente y bueno;
quiero ser como tú, nieve y montaña.
Soy una chispa; ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro; ¡enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: ¡enséñame a ser río!
Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala!
Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala,
y que Dios te bendiga, padre mío!

VIII

Y hablaron tus labios, tus labios benditos,
y así respondieron a todos mis gritos,

a todas mis ansias: —“No hay nada pequeño,
ni el mar ni el guijarro, ni el sol ni la rosa,
con tal de que el sueño, visión misteriosa,
le preste sus nimbos, ¡y tú eres el sueño!

“Amar, ¡eso es todo!; querer, ¡todo es eso!
Los mundos brotaron el eco de un beso,
y un beso es el astro, y un beso es el rayo,
y un beso la tarde, y un beso la aurora,
y un beso los trinos del ave canora
que glosa las fiestas divinas de Mayo.

“Yo quise a la Patria por débil y mustia,
la Patria me quiso con toda su angustia,
y entonces nos dimos los dos un gran beso;
los besos de amores son siempre fecundos;
un beso de amores ha creado los mundos;
amar... ¡eso es todo!; querer... ¡todo es eso!”

Así me dijeron tus labios benditos,
así respondieron a todos mis gritos,
a todas mis ansias y eternos anhelos.
Después, los fantasmas volaron en coro,
y arriba los astros —poetas de oro—
pulsaban la lira de azur de los cielos.

IX

Mas al irte, Señor, hacia el ribazo
donde moran las sombras, un gran lazo
dejabas, que te unía con los tuyos,
un lazo entre la tierra y el arcano,
y ese lazo era otro indio: Altamirano;
bronce también, mas bronce con arrullos.
Nos le diste en herencia, y luego, Juárez,
te arropaste en las noches tutelares
con tus amigos pálidos; entonces,
comprendiendo lo eterno de tu ausencia,
repitieron mi labio y mi conciencia:
– Señor, alma de luz, cuerpo de bronce.
Soy una chispa; ¡enséñame a ser lumbre!
Soy un guijarro; ¡enséñame a ser cumbre!
Soy una linfa: ¡enséñame a ser río!
Soy un harapo: ¡enséñame a ser gala!
Soy una pluma: ¡enséñame a ser ala,
y que Dios te bendiga, padre mío!

Tú escuchaste mi grito, sonreíste
y en la sombra infinita te perdiste
cantando con los otros almo coro.

Callaba todo ser y toda cosa;
y arriba era la noche misteriosa
jardín azul de margaritas de oro...

Los héroes niños de Chapultepec

(Fragmento)

I

Como renuevos cuyos aliños
un viento helado marchita en flor,
así cayeron los héroes niños
ante las balas del invasor.
Allí fue... Los sabinos, la cimera
con sortijas de plata remecía;
cantaba nuestra eterna primavera
su himno al sol; era diáfana la esfera;
perfumada la flor... ¡y ellos morían!

Allí fue... Los volcanes, en sus viejos
albornoces de nieve se envolvían,
perfilando sus moles a lo lejos;
era el valle una fiesta de reflejos,
de frescura, de luz... ¡y ellos morían!

Allí fue... Saludaba el mundo el cielo,
y al divino saludo respondían

los árboles, la brisa, el arroyuelo,
los nidos con el trino del polluelo,
las rosas con su olor... ¡y ellos morían!

Morían cuando apenas el enhiesto
botón daba sus pétalos precoces,
privilegiados por la suerte en esto:
que los que aman los dioses mueren presto
¡y ellos eran amados de los dioses!

Sí, los dioses la linfa bullidora
cegaban de esos puros manantiales,
espejos de las hadas y de Flora,
y juntaban la noche con la aurora,
como pasa en los climas boreales.
Los dioses nos roban el tesoro
de esas almas de niños que se abrían
a la vida y el bien, cantando en coro.

...

Allí fue... La mañana era de oro,
septiembre estaba en flor... ¡y ellos morían!

Mexicanas

Con su escolta de rancheros,
diez fornidos guerrilleros y en su cuaco retozón
que la rienda mal aplaca,
Guadalupe la chinaca va a buscar a Pantaleón.
Pantaleón es su marido,
el gañán más atrevido con las bestias y el la lid:
faz trigueña, ojos de moro
y unos músculos de toro y unos ímpetus de Cid.
Cuando mozo fue vaquero,
y en el monte y el potrero la fatiga le templó,
para todos los reveses,
y es terror de los franceses y cien veces lo probó.
Con su silla plateada,
su chaqueta alamarada, su vistoso cachirul
y su lanza de cañotos,
cabalgando pencos brutos ¡qué gentil se ve el gandul!
Guadalupe está orgullosa
de su prieto; ser su esposa le parece una ilusión,
y al mirar que en la pelea
Pantaleón no se pandea, grita: ¡viva Pantaleón!
ella cura los heridos
con remedios aprendidos en el rancho en que nació,
y los venda en los combates
con los rojos paliacates que la pólvora impregnó.

En aquella madrugada todo halaga su mirada
finge pórvido el nopal
y los órganos parecen
candelabros que se mecen con la brisa matinal.
En los planos y en las peñas, el ganado entre las breñas,
rumía y trisca mugidor
azotándose los flancos, y en los húmedos barrancos
busca tunas el pastor.
A lo lejos, en lo alto, bajo un cielo de cobalto
que desgarrar su capuz,
van tiñéndose las brumas, como un piélago de plumas
irisadas en la luz.
y en las fértiles llanadas, entre milpas retostadas
de color, pringan el plan,
amapolas, maravillas, zempoalxóchitls amarillas
y azucenas de san juan.

Guadalupe va de prisa de retorno de la misa,
que en las fiestas de guardar,
nunca faltan las rancheras,
como sus flores y sus ceras, a la iglesia del lugar;
con su gorra galoneaba, su camisa pespunteada,
su gran paño para el sol,
su rebozo de bolita,
y una saya suavcita y unos bajos de charol;
con su faz encantadora, más hermosa que la aurora
que colora la extensión,
con sus labios de carmines, que parecen colorines,

y su cutis de piñón,
se dirige al campamento, donde reina el movimiento
y hay mitote y hay licor,
porque ayer fue bueno el día, pues cayó en la serranía
un convoy del invasor.
¡que mañana tan hermosa! ¡cuánto verde, cuanta rosa
y que linda la extensión!
rosa y verde se destaca, con su escolta, la chinaca,
que va a ver a Pantaleón.



**Amado
Nervo**

Poesía selecta

se terminó de editar
en julio de 2018 en las
oficinas de la Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación